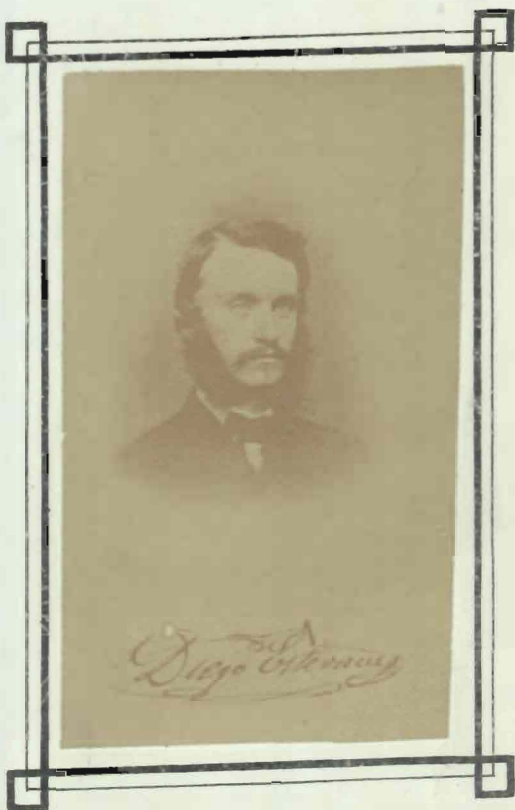


POESIAS.



86-3 (46.851)

POESIAS

DE

DIEGO ESTÉVANEZ.



MADRID.—1874.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. VICENTE,

Cuesta de Santo Domingo, núm. 20.

BREVES APUNTES BIOGRÁFICOS.

Diego Estévez y Murphy, hijo de D. Francisco Estévez y de Doña Isabel Murphy y Meade, nació en Santa Cruz de Tenerife el 23 de Enero de 1842.

Concluyó con aprovechamiento sus estudios en la escuela de náutica, y empezó á navegar en el bergantin *Guanche*, su capitán D. Domingo Serís, saliendo por vez primera á la mar el 12 de Octubre de 1858 á los diez y seis años de edad. El 12 de Marzo del 59 llegó de regreso á Santa Cruz despues de haber visto en aquel primer viaje varios puertos de las islas Antillas.

En el mismo barco y en algunos otros, hizo viajes sucesivamente á Cárdenas, la Habana y Vigo; Puerto-Rico, Mayagüez, Santiago de Cuba y Cádiz; Gibara, Matanzas y Río Santa María; Nuevitas y Nueva York; Cádiz, Santa Cruz de la Palma, la Gomera, Gran Canaria, etc., etc.

En su octavo y último viaje á las costas de América llevando la derrota del bergantin goleta *San Miguel*, sufrió un horroroso temporal, del que todavía se acuerdan con espanto sus compañeros de navegacion. Habian salido pocos dias antes del puerto de New-York, cuando del 6 al 8 de Setiembre (1864) se vieron envueltos por una de esas borrascas indescriptibles, de la que se salvaron por un milagro patente de los que no se suelen repetir en la vida de un hombre, aunque sea más larga que la de Estévez. El 8 de Setiembre de aquel año será eternamente memorable para la tripulacion y pasajeros del *San Miguel*, cuyas averias fueron de bastante consideracion.

Poco despues de aquel lance obtuvo el nombramiento de catedrático de navegacion en la escuela profesional de náutica, y en el mes de Mayo sintióse acometido por la dolorosa enfermedad que en pocos meses le llevó al sepulcro.

Con la esperanza de restablecerse, y aprovechando los meses de

vacaciones, hizo un viaje á Inglaterra en el verano del 65. A su permanencia en Lóndres debemos la última y acaso la más sentida de sus composiciones. En el mes de Octubre retornó á Canarias convencido ya de que era su muerte inevitable, y la vió llegar con la indiferencia de un filósofo.

Murió el 27 de Marzo del 66, á los veinticuatro años de edad, víctima de los mismos sufrimientos que condujeron á la tumba á su malogrado tío el poeta canario D. Ricardò Murphy.

Diego Estévez pasó la vida en el mar sin dedicarse nunca al cultivo de las letras, por ser incompatible, ó poco menos, con los deberes de su profesion. Era tal sin embargo su afición á las musas, cantaba tan fácilmente cuando las faenas de su cargo le permitian hacerlo, que ha dejado bastantes poesías, distinguiéndose todas por su ternura. Algunas de ellas no pueden ser leídas sin lágrimas en los ojos. Para los que conocemos sus escepcionales desventuras, encierran sus versos una amargura infinita. Porque Diego Estévez, á pesar de sus muy pocos años, pasó en la vida profundas penas y amargos sinsabores.

Fué su muerte sinceramente sentida por sus amigos, por sus discípulos y por sus compañeros. La prensa de Tenerife consagró á su memoria frases de adhesion y de cariño. D. Alfonso Dugour, D. José Manuel Pulido y otros poetas canarios pulsaron á su memoria sus afinadas liras; y últimamente, uno de los más esclarecidos vates isleños, el Sr. Roldan, íntimo amigo de Diego, ha escrito el prólogo de sus poesías, que es un testimonio de su propia modestia y del cariño que tuvo al desgraciado autor del precioso canto precursor de la muerte, que lleva por título, si mal no recordamos, *El insomnio y la fiebre*.

Diego Estévez, aunque incorrecto á veces en la forma, era siempre poeta. Si hubiera vivido el tiempo necesario para limar sus versos y estudiar los modelos de nuestra literatura, hubiera alcanzado un puesto entre los poetas liricos de España. Lloremos, pues, la prematura muerte del que era una esperanza de estas islas.

Santa Cruz 5 de Enero de 1874.

Patricio Estévez⁶¹

Vid: Padrón Acosta: *Retablo canario*. - n.º XXXI.
de Tarde, 29-XI-1950.

PRÓLOGO.

Nada más grato, nada más consolador que recordar las felices horas de la niñez, esas horas santificadas por el cariño de la amistad é iluminadas por el blanco sol de la inocencia; pero nada más dolorosamente sensible que derramar las amargas lágrimas del desconsuelo sobre la fria losa que oculta entre las sombras del sepulcro los pálidos restos de un sér querido. Estos dos encontrados sentimientos, estas dos antitéticas impresiones, nos dominan por completo en el instante en que tomamos la pluma para escribir unas cuantas desaliñadas frases que sirvan de prólogo á los inspirados versos de un compañero de la infancia, arrebatado por la muerte á su desgraciada familia y á la olvidada literatura canaria, cuando comenzaba á recojer en el camino escabroso de una corta pero azarosa vida, las pocas flores que crecen ocultas entre las sombras del dolor. Si á este doble sentimiento se uniera la insuficiencia de

nuestros limitados alcances en materia literaria, nadie menos que nosotros debería desempeñar la honrosa tarea de escribir estas líneas; pero aquella amistad, flor que abrió su cáliz en la aurora de nuestra vida, y aquel dolor mismo con que la hemos visto inclinar su tallo á impulso del soplo helado de la muerte, servirán de disculpa á nuestra incompetencia, y atenuarán de paso nuestra osadía.

Siete años han pasado desde el triste día en que nos abandonó el poeta: siete años há que sus hermanos le lloran: siete años há que yace muda y enlutada la lira en que preluvió sus cantares, la tierna lira confidente de sus fugaces alegrías, la lira melancólica, inseparable compañera de tantas tristezas, de tantos hondísimos pesares. Tiempo es ya, pues, de que en más ancho espacio resuenen los melodiosos ecos de sus cantares que, aprisionados por el mar que circunda las playas afortunadas, apenas si han dejado oír sus cadenciosas armonías á los valles pintorescos y á las empinadas cumbres de las montañas natales: tiempo es ya de que el nombre del distinguido poeta, abandonando el oscuro nido en que ha morado al calor del inestinguible amor de sus hermanos y del vehemente afecto de la amistad, ocupe el lugar que de derecho le corresponde entre los que en la pátria española han logrado llegar á los umbrales del templo de las letras.

El estudio de las letras, tan necesario hoy como siempre al desarrollo de la inteligencia, tan trascendental para la vida de los pueblos, porque la ilustración es una de las más poderosas palancas de todo progreso material, ha permanecido en Canarias en un lamentable estado de postración, hasta que recientemente la libertad de enseñanza abrió las cerradas puertas de la estinguida Universidad de San Fernando, al paso que las demás libertades proclamadas por la Revolución de Setiembre han contribuido á crear algunos centros de enseñanza en las principales poblaciones de la provincia. Hasta esta fecha, el pueblo canario, orgulloso de haber sido cuna de hombres tan justamente célebres como los dos Iriartes, Viana, Ruiz de Padron, Viera y Cairasco de Figueroa, no contaba con un establecimiento digno de sus antecedentes literarios; y su juventud estudiosa, careciendo de medios para adquirir la anhelada ilustración en los grandes centros, se veía obligada á permanecer oscurecida entre las sombrías peñas en que naciera, viendo morir sus nobles aspiraciones y marchitarse hoja tras hoja el árbol de su esperanza.

Dada, pues, la triste situación de nuestras Canarias, en todo cuanto á sus medios de instrucción se refiere, cada vez que un nuevo poeta canta, cada nota de una nueva lira, despierta un eco de entu-

siasmo en nuestra alma é instintivamente asoma á nuestros ojos una lágrima, tierno tributo que rinde el corazon á la memoria querida de Manuel Marre-ro Torres, de Fernanda Siliuto, de Victorina Mazzini, de José B. Lentini, de Diego Estévez, ¡inspirados poetas que como rápidos meteoros pasaron por la tierra dejando tras de sí la huella luminosa de su génio!

Al rápido exámen de las poesías del último, de nuestro inolvidable Diego, consagraremos algunas palabras. Pocas en número son ciertamente las obras que contiene este tomo, pero no por eso son menos acreedoras al aprecio de cuantos aman ó rinden culto á la rica musa castellana.

Diego Estévez, sintiendo en su mente el fuego de la inspiracion, cantó desde sus más tiernos años, sin darse cuenta de que cantaba, como cantan las aves en la selva. De aquí la exuberante lozania de sus versos. Poeta de corazon, alma impresionable, herida desde la aurora de la vida por los dardos del dolor, el más delicado sentimiento es la cualidad sobresaliente de sus cantares. Por esto los ayes de su lira nos conmueven como el triste canto de la tórtola, como los lamentos de la orfandad, como el adios del moribundo.

La primera de las composiciones que hoy ven la luz pública coleccionadas, es un precioso *Romance*

marítimo, en el cual se hallan perfectamente descritas las tiernas escenas que tienen lugar abordo de nuestros buques mercantes, así al abandonar el puerto amigo como al divisar las costas de la patria y el hogar de la familia, de regreso del nuevo mundo. Campean en él la galanura de la frase, la propiedad de los calificativos y la sencilla facilidad que tanto distinguen á nuestro poeta. ¡Cuánto sentimiento al abandonar la patria! ¡Cuánta alegría y cuanto dolor á la vez, al retornar á los patrios lares, en donde unos encontrarán la dicha y la ventura, al paso que otros hallarán dolores que llorar, amargas penas que sufrir! Solo aquellos que como el desventurado Estévanez han presenciado tales conmovedoras escenas, pueden apreciar en todo su justo valor la verdad y la belleza de su *Romance marítimo*.

Como composicion ingeniosa, como obra de gran dificultad, á par que como poesía tiernísima y conmovedora, el delicioso *Madrigal* bastaria para proporcionar al autor el título de verdadero poeta. En pocas de las obras de este género que conocemos, se hallan, como en la que nos ocupa, tan perfectamente unidas la inspiracion y la delicada belleza de la forma á las severas reglas del arte. Léanla con detenimiento los amantes de la literatura, y verán que no hemos exajerado al consignar nuestra opi-

nion. ¡Qué delicadeza! ¡Qué sencillez! ¡Qué esquisita ternura!

El romance á Dolores ocupa el tercer lugar de esta coleccion. Amantes nosotros de todo lo que es español, pura y completamente español, hemos de consignar nuestra ingénita predileccion por el romance, antes de decir que el que examinamos es quizá la composicion que más nos satisface entre las del malogrado bardo. Fijense nuestros lectores en el sentimiento, en el puro y delicado sentimiento que respira, en la difícil facilidad de su bella forma, en el concentrado dolor que en toda ella campea. Este romance fué escrito con el corazon desgarrado por la pena.

«Que tú te llamas Dolores
Y yo los llevo en el alma.»

Hé aquí dos versos que son un poema de lágrimas, de sufrimientos, de dolores.

Las quintillas á Teresa en la muerte de su padre, constituyen á nuestro juicio una bella composicion, aun cuando no encierre el cúmulo de bellezas que el génio del desventurado vate parece que se complacia en acumular en otras de sus obras.

En la mar, era tal vez la poesía más querida del pobre Diego. ¡Cuántas veces la recitaron sus pálidos labios! Aunque no exenta de incorrecciones, su lec-

tura nos identifica con las penas del poeta, con sus dolores siempre exacerbados por el rigor del destino. La versificación es robusta y armoniosa, y contiene estrofas de primer orden, pensamientos elevados, bellísimos conceptos, y entonación adecuada á la grandeza del asunto.

El *Recuerdo* que dedica á su difunta madre es un conjunto de ternura y de belleza sentimental, digno del sagrado objeto con que fué escrito. La composición en general, pero especialmente la primera estrofa, tiene un sabor clásico que nos encanta. Nunca la hemos leído sin conmovernos, porque recordamos el sentido acento con que nos la recitó el poeta el día siguiente á aquel en que la escribió. ¡Cantar á la memoria de una madre! ¿Quién no llora si la ha perdido?

En *La noche en el trópico*, nos muestra el malogrado vate la riqueza y brillantez de su lozana fantasía, y al par que nos encanta, nos enternece al confiarnos sus ayes, sus dolores, y la ruda tempestad de sus penas.

Sigue el bellísimo romance titulado *San Diego del monte*, en el que admiramos tanto la hermosura de la forma, como el tierno y delicado sentimiento del fondo. El poeta torna con el alma á sus primeros felices años, y aspira embriagado el perfume de sus lejanos recuerdos. Cada árbol, cada piedra,

cada mata, despierta un eco en su corazón; pero al comparar su perdida felicidad con su desventura presente, la emoción comprimida en su pecho estalla y prorrumpe en amargas quejas contra el aciago destino. Cállese al fin su pena á la vista de los mudos testigos de su alegre infancia, y embriégase de nuevo con el aroma de tantos recuerdos queridos.

La composición conmemorando la muerte de José B. Lentini se recomienda por su armoniosa versificación y su delicada ternura. ¡Qué lejos estaría Diego al escribirla, de que pronto había de reunirse con el inspirado poeta á cuya memoria cantaba! ¡Qué lejos de que muy en breve sucumbiría arrebatado al mundo por la misma terrible enfermedad que nos robó á Lentini! ¡Arcanos incomprensibles de la Divina Providencia!

El canto de un gilguero es un caprichoso juguete de ligera versificación y sencillez pastoril, circunstancia que igualmente reúne su otra composición *Las Bellezas*.

A instancia nuestra escribió el pobre Diego el capricho titulado *Los letreros*. Si el pensamiento capital no fuese tan delicado como filosófico, y la versificación tan fluida como armoniosa, aquella circunstancia bastaría á justificar nuestra predilección por la poesía que nos ocupa.

Llegamos al término de nuestra tarea con la hermosa composición titulada *Insomnio y fiebre*, escrita en Londres cuando ya el poeta sentía dentro de su pecho los estragos de la terrible enfermedad que poco después le condujo al sepulcro. En esta poesía todo es admirable. Léanla con detenimiento los amantes de la literatura, fijense en sus formas completamente acabadas, así como en su fondo profundamente sentido y tierno, y convendrán con nosotros en que sentir como sentía Diego, y espresar el sentimiento como él lo espresaba, es ser un verdadero poeta. Nunca tuvo el dolor más digno intérprete.

Hemos dado cima al objeto que nos propusimos esponiendo al público nuestra opinión humilde y desautorizada acerca de las poesías del tierno cantor y malogrado vate canario. Si contra lo que creemos se reputan apasionados nuestros juicios; si el escalpelo de la crítica severa ó intransigente osare entrar en la disección de nuestros leales asertos nacidos al calor del más puro sentimiento, sírvannos preventivamente de escudo y sean nuestra egida protectora, el dolor con que lloramos la muerte del amigo, el cariño con que adoramos la memoria del hermano.

RAMON GIL ROLDAN.

Santa Cruz de Tenerife, 44 de Noviembre de 1872.

ROMANCE MARITIMO.

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANUS MARTINI

ROMANCE MARITIMO.

I.

LA PARTIDA.

Rumor abordo se escucha
de escotines y cadenas,
y el cabrestante que gira,
y voces de «leva,» «leva,»
porque dejamos las costas
de nuestra patria risueña,
la de los campos floridos,
la de las noches serenas.

.....
Ya está el ancla suspendida,
cazadas están las velas,
y no al bergantín las olas
á su paso balancean,
que altivo las va cortando
dejando espumas por huellas;
más con el ruido del agua
que en los costados se estrella,
sollozos entrecortados,

suspiros hondos se mezclan.
¿Y cómo no? Si una torre
que majestuosa se eleva,
si una tapia, y unas ruinas,
y una torcida vereda,
y una ermita y una choza,
y una mata, y una piedra,
en el que creció á su lado
recuerdos gratos despiertan,
¿cómo el alma no han de herirle
cuando la mira y se alejan?
¿Y qué pecho no se ablanda
por inflexible que sea,
al pensar que los que adora
sus rostros en llanto anegan
mirando partir la nave
que sus amores se lleva?
Allí el tierno pajecillo
la tosca reliquia besa
que á su cuello cariñosa
su hermanita le ciñera;
allá marinero rudo
los sueltos cabos enreda,
y en vez de halar de una escota
con un briol forcejea;
aquí el anciano marino
que las borrascas desprecia,
con el humo de su pipa
su curtido rostro vela
para que nadie conozca
que la emoci3n se lo altera;

y yo tambien entre tanto
disimulando mi pena
busco y miro una ventana
donde desplegado ondea
blanco pañuelo que agita
una niña pura y bella
que al agitarlo me envía
su despedida postrera...
Más el bergantin se lanza
cual disparada saeta
sobre montes ondulantes
que forma la brisa fresca,
y opacos ya se confunden
y la bruma encubre densa
sobre el lejano horizonte
el cielo, el mar y la tierra.

¡Adios, pues, mis bellos campos!
¡adios, de mi amor las prendas!
¡adios, montañas azules!
¡adios, queridas riberas!

II.

EL REGRESO.

Rompe bergantín las ondas,
rompe las ondas saladas
á impulso del blando aliento
de las juguetonas áuras,
que favorables te impelen

hácia nuestras bellas playas;
no perezoso te mezcas,
que aquí no reina la calma;
no vanidoso te mires
en el cristal de las aguas,
que bien en noches tranquilas
tu imágen viste grabada
entre reflejos de luna
en mares de tersa plata,
allá en la tórrida zona
do airoso te columpiabas
sin que ni un soplo de viento
tus blancas velas inflara.
Hoy que allá en el horizonte
sobre el cielo se destacan
las cúspides altaneras
de los montes de mi pátria,
rompe bergantín las ondas,
rompe las ondas saladas.

.....
Reina abordo la alegría,
y en estruendosa algazara
la muestran los marineros
que aún tiempo rien y cantan.
Es que á todos regocija
y los ánimos exalta,
ver que poco á poco brotan
de la poblacion las casas;
porque hay allí caros séres
que impacientes los aguardan.
Quién con bruscos movimientos

sobre la cubierta salta;
quién satisfecho rasguña
tres cuerdas de una guitarra;
quién penetra en la cocina
y tras reyerta obstinada
con el viejo cocinero
que defiende sus comarcas,
sale cargado de pinzas,
de sartenes y cucharas;
y quién viste al manso perro
con camisilla de lana,
pantalones de bayeta
y una montera encarnada...

Recostado en el castillo,
vertiendo sus ojos lágrimas
que candente surco abriendo
por sus mejillas resbalan,
un marinero suspira
y en tierra la vista clava.
¡Ay! ¡infeliz! que en la ausencia
recibió la nueva infausta
de la muerte de una esposa
que con delirio adoraba,
y mira con turbios ojos
las casitas de la playa
donde la suya percibe
triste, sola, abandonada....
Y otro en tanto más dichoso,
y á quien la impaciencia abrasa
de estrechar al hijo tierno

que naciera en su barraca
mientras él con pecho firme
las tormentas arrostraba,
ya presuroso camina,
ya pensativo se para,
ya luego con ánsia loca
trepá la torcida járcia
y desde allí, en la ribera
fija curiosa mirada.

Más, ¡ay de mi! ¿Do se encuentra
la que el pañuelo ondeaba
cuando partí de estas costas
lleno el pecho de esperanzas?
¿Por qué su contorno esbelto
no recorta su ventana?
¿Per qué, corazón, palpitas,
mientras por mi mente vagan
dudas mil desgarradoras
y mil sospechas amargas?
¡Pobre marino! ¡que el viento
muestra con él su inconstancia,
y encuentra inconstancias nuevas
cuando en tierra firme salta!
Y un gemido doloroso
que de mi pecho se escapa,
confuso muere entre el ruido
de la cadena del ancla
que las aguas atraviesa
y allá en el fondo se clava.

Santa Cruz de Tenerife, 1861.

MADRIGAL.

Las aves tristemente revolaban ;
Hacia el suelo, llorosas
Las flores sus corolas inclinaban;
Los árboles gemían.....
Era que sin la luz del sol radiante
Que espesos nubarrones encubrían,
La tierra sollozaba agonizante;
Más él oculto tras oscuro velo
No pudo ver su duelo.

Así al mirar tu faz encantadora,
Yo ví que de tus ojos me negabas
La lumbre bienhechora.....
¡Pero no viste tú que me matabas!

À DOLORES.

(En su álbum.)

¡Dolores! ¡Qué triste nombre!
¿Por qué Dolores te llaman?
¿Acaso en el pecho llevas
aguda espina clavada?
¿Vierten tus rasgados ojos
en la noche solitaria
puras y líquidas perlas,
porque perlas son tus lágrimas?
¿Suspiras cuando percibes
alguna trova lejana
que llega hasta tí confusa
del suave viento en las alas?
¿Palpita ansioso tu pecho
cuando miras arrobada
algun rayo de la luna
que se quiebra en tu ventana?
¿Recuerdas un bien perdido?...
¿Tal vez en silencio amas?...
No lo sé; ¡más ay! tu nombre
por do quiera me acompaña,
porque es tu nombre Dolores,
y yo los llevo en el alma.

A TERESA.

(Con motivo de la muerte de su padre.)

Bajo ese oscuro vestido
negro como la aflicción
de tu pecho dolorido,
triste late un corazón
por la desventura herido.

Jamás de una suerte ingrata
conociste los rigores,
ni la duda que maltrata,
ni los acerbos dolores
del desengaño que mata.

Que para tí sonriente
la pradera se esmaltaba,
y la cristalina fuente
dulce música te daba
murmurando su corriente

Y la aurora que nacía,
y en Ocaso el sol muriendo,
y la flor que se mecía

sus aromas esparciendo.....
todo, ¡ay Dios! te sonreía.

Y dichosa y placentera,
¡Cuán bella hallabas la vida!
¡Más ay! que traidora y fiera
te hirió la suerte escondida,
con tu desdicha primera.

Lloras hoy! ¡Y con tu llanto
se nublan tus bellos ojos,
ya no entonas dulce canto,
todo ya te causa enojos
en tu angustioso quebranto!

Más si encuentras un consuelo
teniendo con quien llorar
que tome parte en tu duelo,
cesa ya de suspirar,
alza los ojos del suelo.

¡Por qué también sangre vierte
mi corazón destrozado!
también en mi insana suerte
¡ay de mí! ¡me ha arrebatado
seres queridos la muerte!

EN LA MAR.

EN LA MAR.

Aléjate de mí, céfiro suave,
deja que ruja el austro con furor;
inunden, mar, tus olas nuestra nave,
quiero escuchar tu acento bramador.

.....

Ya lejos oigo rimbombar el trueno;
del mar la espuma refrescó mi sien,
y de salvaje gozo el pecho lleno
del buque noto el desigual vaiven.

¡Ya cubre el cielo impenetrable manto
de espesas nubes de color sombrío!.....
Quiero, quiero cantar, porque mi canto
lleve en sus alas huracan bravío.

¡Así te quiero, mar; así me encantas!
¡Cuánto me gusta tu estentórea voz
y ver las ondas que feroz levantas
hasta ese cielo en que se oculta Dios!

Gocen allá los de almas apocadas
de una fuente el murmullo al escuchar,
mientras aspiran brisas perfumadas
por las flores que besan al pasar.

Gocen mirando de la luna un rayo
reflejándose en ojos de mujer,
que ansiosa y palpitante en su desmayo
probar les hace de un fugaz placer.

Más yo quiero los hórridos silbidos
que incontrastable lanza el aquilon,
ó de una mar en borrasca los bramidos
para llenar con algo el corazon.

No quiero ver miradas ardorosas
de ojos velados por ligero tul,
flores lozanas, danzas voluptuosas,
luna cruzando por un cielo azul.

Quiero escuchar los lúgubres quejidos
de una verga que el viento va á romper,
y luego verla en trozos desunidos
al negro abismo ráuda descender.

¡Esa mi imágen es, pues la pujanza
del viento adverso de la suerte mia,
tambien rompió mi corazon que lanza
tristes lamentos, ayes de agonía!

Y no quiero del bosque el manso ruido
ni de mujer amante el suspirar;
yo quiero oír del trueno el estampido
viendo centellas ante mí cruzar.

Quiero que airado el huracán potente
pechos cobardes llene de pavor,
quiero que alumbre con su luz mi frente
rasgando el aire, rayo destructor.

Y así no puedan ecos del pasado
recordarme los goces que probé
sobre esa tierra vil, que me ha robado
caros objetos, esperanza y fé.

Dáme tus iras, mar; dáme tu acento,
dáme también tu fuerza colosal,
y en los brazos aligeros del viento
las regiones cruzando del mortal,

Este encono feroz que el alma encierra
saciarse logre con su horrendo fin,
que en sangre y llanto bañaré la tierra
destruyendo la raza de Cain.

Más, no: ¿qué importa viertan á raudales
sangre sus venas ó sus almas hiel,
si por siempre serán negros mis males,
mi destino fatal, mi suerte cruel?

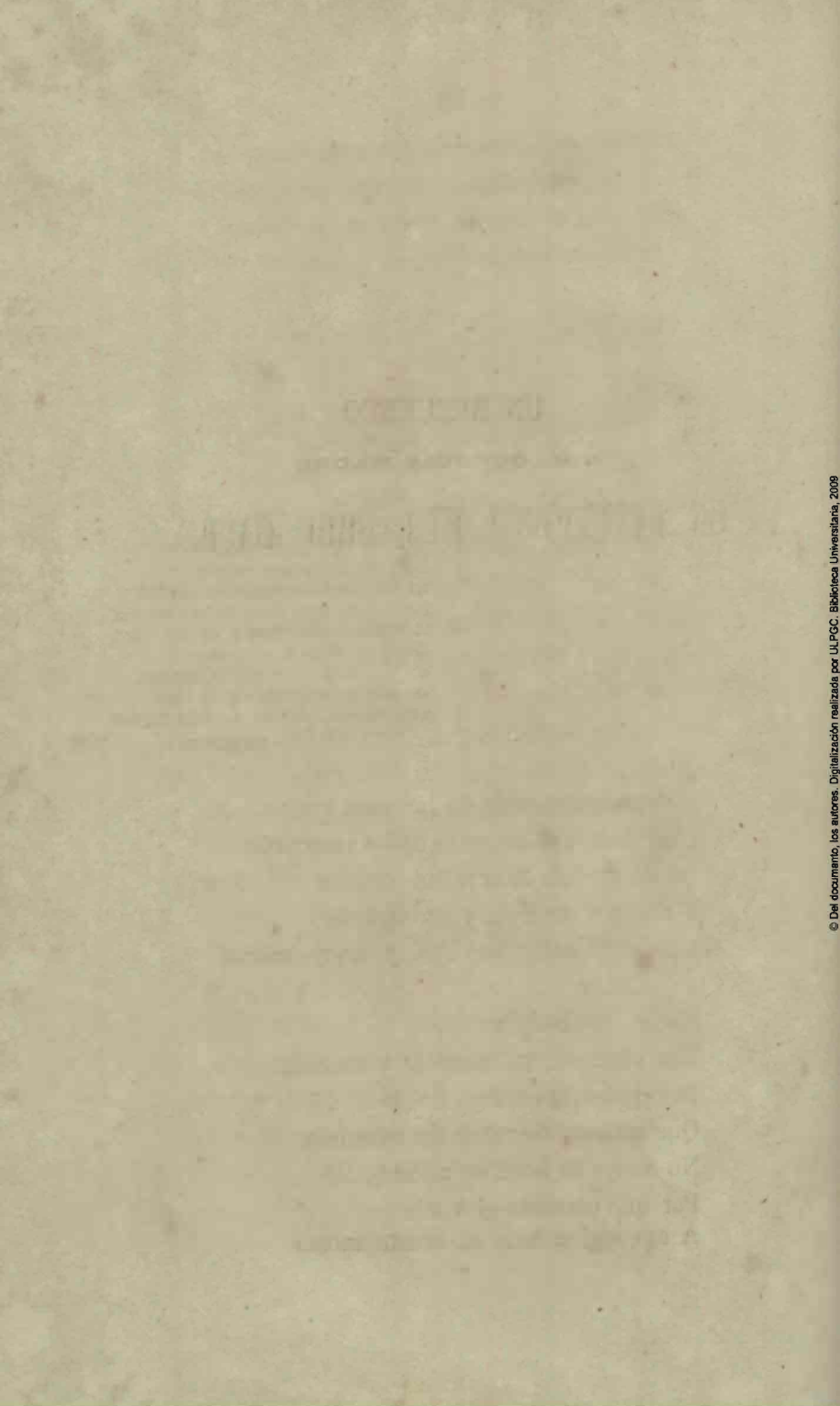
¡Si al pensar en mi madre idolatrada,
ese angel de consuelo que perdí,
conozco que esta vida desdichada
ya no tiene placeres para mí!

¡Lleva, lleva en tus alas con mi duelo
mis ódios y rencores, huracan;
levanta, ¡oh mar! tus ondas hasta al cielo
con la cólera inmensa de Satan!

Y con tus aguas báñame la frente
y á mis plantas revuélvete tenaz,
y oiga estasiado tu clamor rugiente.....
¡pues más me gustas, cuando rujes más!

¡Quiero solo admirarte, quiero verte
porque te adoro, mar, con ciego ardor!
¡Quiero encontrar cruzándote la muerte,
quiero morir en brazos de mi amor!

UN RECUERDO Á MI QUERIDA MADRE.



UN RECUERDO

A MI QUERIDA MADRE.

¿Quién no lleva escondido
un rayo de dolor dentro del pecho?
Por cuál dichoso rostro no han corrido
lágrimas de amargura y de despecho?
Quién no lleva en el alma,
ah! por muy joven y feliz que sea,
un penoso recuerdo, alguna idea
qué nublando su luz turbe su calma?

ESPRONCEDA.

Brotad, consuelo de las penas mías,
Lágrimas, ay! corred, que he recordado
De mi perdida madre las caricias
Y dulce sonreír!... y acongojado
Llamando estoy por ella, y no responde!

.....
Madre, madre adorada,
Tan virtuosa, tan cándida y sencilla!
Por qué este amargo llanto
Que copioso derramo sin consuelo
No recoje tu boca en mi mejilla?
Por qué elevaste el vuelo
A esa region feliz en donde moras

Sin esperarme, dí?... Desatentado
La tierra vil hubiera abandonado,
Y te hubiera seguido
Tras tus huellas corriendo anardecido!
Y entónces, madre mia,
Ni este horrible dolor, ni este insaciable
Continuo, roedor, voraz deseo
Que des que no te veo
Alimento, tenaz, de contemplarte,
Mi dolorido corazon hirieran,
Ni el alma en negra soledad sumieran!
Mas que digo, infeliz! Yo no podría
Dicha tanta lograr; loco es mi anhelo!
Cómo atreverse á compartir tu cielo,
Llena de podredumbre, el alma mia?
¡Qué horrible soledad! Como se agita
Mi corazon su sangre destilando!
Cuan desmayado, sin ardor palpita
Tus caricias de madre recordando!
Cuantas veces con brazos cariñosos
Me estrechabas feliz contra tu seno,
A los mios uniendo tus sollozos!...
Y cuantas, ay! jugabas
Con mis rubios cabellos,
Mientras llena de gozo me mirabas
Osculos mil depositando en ellos!
Aun percibo el rumor de tus pisadas,
Presurosas, inciertas, recatadas....
Y aun me parece que te estoy mirando,
Por la casa afanosa y diligente
Los separados muebles ordenando!...

Pero luego te miro
Pálido el rostro, lágrimas vertiendo,
Ronca la voz, la boca ensangrentada,
Con la razón perdida... ya corriendo,
Ya sin fuerzas, rendida y desmayada!...
Ya también anhelante, á todos lados
Revolviendo los ojos espantados!!!
Oh! que horrible dolor, madre querida!
Muerte feroz, por qué me la arrancaste!
O por qué no cortaste
El hilo al propio tiempo de mi vida?
Que yo, mi madre, compartía contigo,
Mis placeres, mis penas, mis temores...!
Y hoy que llevo conmigo
Desengaños sin fin, fieros dolores,
Horribles dudas, negro desconsuelo
Quién hallaré en el suelo
Que calme, cómo tú, mis sinsabores?
Nadie, nadie, imposible! Empeño vano,
Que es el amor de madre sin segundo!
Nadie me tienda compasiva mano!
Solo por siempre viviré en el mundo!!

LA NOCHE EN EL TÁNDRO

LA NOCHE EN EL TROPICO.

pro de mas

LA REVISTA DE LA LINGÜÍSTICA

LA REVISTA DE LA LINGÜÍSTICA

LA NOCHE EN EL TROPICO.

Lamiendo los costados
las olas se deslizan,
rompiéndose en espuma
con lánguido rumor;
los céfiros alados
la mar jugando rizan
inflando con sus besos
el lino temblador.

Del cielo los cristales
no empañan vagarosas
ni ténues nubecillas,
ni nubes de turbion;
y límpidos fanales
semejan las hermosas
y púdicas estrellas,
que llenan su estension.

Y el cielo en Occidente
de púrpura teñido,

luchando con la noche
comienza á ennegrecer,
y sale por Oriente
del mar adormecido,
la reina de los astros
sus rayos á verter.

Y luego atravesando
por círculos de estrellas
les roba al paso, altiva,
su dulce claridad,
y ocúltanse temblando
cual tímidas doncellas.....
y solo impera en torno
la augusta soledad.

Y en tanto aquí, á mi lado,
con voz enronquecida
entona un marinero
marítima canción,
y empuña descuidado
con mano encallecida
la rueda rechinante
del rígido timon.

Venid aquí, sedientos
de puras impresiones
vosotros los que alegres
soñais un porvenir,
venid los que contentos
con fé y con ilusiones

sentís de vuestros pechos
el férvido latir.

Venid los que en la ausencia
creeis en la constancia
de aquella que otro tiempo
fidelidad juró;
venid si una creencia
nutrida en vuestra infancia
con lento paso el tiempo
del alma no os robó.

Venid los que forjando
delirios en la mente,
lograis en vuestras almas
consuelos derramar;
venid, venid ansiando
los goces del creyente
que mil placeres puros
podréis aquí gozar.

Mirando esa llanura
que en torno se dilata,
vereis en esas olas
que suele levantar,
do allá desde la altura
la luna se retrata,
el seno de una hermosa
que tiembla al respirar.

Sus ojos brilladores,
su límpida mirada,
los fúlgidos luceros
tal vez os fingiran;
y acaso esos fulgores
de luna nacarada,
á un tiempo que os alumbran
sus ojos herirán.

Y el aura bulliciosa
que roce vuestras frentes,
envueltos en sus alas
podrán quizá traer,
de madre cariñosa
los ósculos ardientes,
suspiros ardorosos,
recuerdos del ayer.

¡Más ay! ¡que ya no siento
tan plácida dulzura!
Yo admiro tus bellezas
¡oh noche tropical!
Yo aspiro el blando aliento
del aura que murmura,
yo sigo con mis ojos
la luna celestial.....

¡Más nada, nada encuentro
que pueda penetrando
del alma en las regiones
calmarle su ansiedad;

y siento que aquí dentro
mi pecho destrozando,
se agita de mis penas
la ruda tempestad!

En la mar, Junio, de 1863.

EN EL ANIVERSARIO

DE LA MUERTE DEL POETA

JOSÉ B. LENTINI.

¿Por qué negras, opacas las nubes
hoy cruzan el cielo?
¿Por qué azota las plantas marchitas
el húmedo cierzo?
¿Por qué vienen tan turbias las aguas
del manso arroyuelo?
¿Por qué están sin verdor las campiñas,
los árboles secos?
¿Por qué todo lo encuentro, Dios mio,
tan lúgubre y tétrico?...
Pero diz que los valles sonrien,
Que hay flores en ellos...
Que no empañan el cielo las nubes...
¡Yo así no los veo!...
¡Es que miro doquiera elevarse
la sombra del muerto!
Y á traves de esa sombra querida
que evoca un recuerdo,
Se presenta á mis ojos el mundo
de luto cubierto.

Santa Cruz, Noviembre 4.º de 1863.

SAN DIEGO DEL MONTE.

SAN DIEGO DEL MONTE.

Voy á tornar con el alma
allá á mis años primeros;
voy á visitar los sitios
donde fugaces corrieron
para aspirar el perfume
de mis lejanos recuerdos.
Voy á ver las frescas sombras
de los bosques de *San Diego*,
y sus seculares pinos,
y sus castaños eternos.
Ah! Qué placer! Ya diviso
tendido á faldas de un cerro,
su recinto delicioso
de verde tapíz cubierto.
Adelante...! Ya percibo
recortándose en el cielo,
los contornos desiguales
de su campanario negro....
Ya voy á tocar sus lindes....
Un paso no mas...; ya llego.

En torno nada se escucha;
desconsolador silencio
reina donde en otros días
alegres cantos se oyeron.
Esos álamos que altivos
sus copas alzan al cielo,
esos muros arruinados
y esos floridos senderos,
en otros tiempos felices
los mudos testigos fueron
de mis inocentes goces,
de mis infantiles juegos.
Aquí la glorieta umbría
do los pájaros parleros
celebraban sus amores
dando al aire trinos tiernos;
yo presuroso subía
por las ramas á cogerlos,
mas al ruido de las hojas
volaban hácia el otero.
Allí el estanque al que entónces
con pasos torpes y lentos
me acercaba palpitante,
y al que me asomaba trémulo,
retirándome erizado
su oscuro fondo temiendo.
Aquí el lauro á cuya sombra
descanso dando á mi cuerpo,
me asaltára el sueño un día
lejos del hogar paterno;
en él mi ausencia notando,

mi madre con loco anhelo
salió á buscarme afligida
por los bosques y los cerros;
y penetró en los pajares,
y bajó al despeñadero,
y registró la espesura
de los arbustos revueltos,
hasta que me halló, tranquilo
bajo este laurel durmiendo;
y ardientes me despertaron
sobre mi rostro cayendo,
lágrimas que derramaba....
¡lágrimas benditas fueron!
ojalá los labios míos
sus mejillas recorriendo
pudieran hoy recibirlas
entre cariñosos besos!
Allí el tronco del castaño
que en cruda noche de invierno
con ímpetu desgajara
desencadenado el viento....
Y por do quiera que miro,
por donde mis pasos vuelvo,
me asaltan recuerdos tristes
al par que dulces recuerdos.
Como entónces palpitaba
de felicidad mi pecho!
Como en el alma tranquila
se albergaban halagüeños
mil insensatos delirios,
y esperanzas, y deseos!

Mas los años han pasado,
pasando tambien con ellos
mis placeres y alegrías,
mis esperanzas y sueños;
y hoy que gimo al rudo embate
de mis pesares intensos
y que el porvenir cual triste
vasto y árido desierto,
se presenta ante mis ojos
de nubes pardas cubierto,
al verme otra vez cruzando
por estos sitios amenos
donde á mis primeros años
goces puros presidieron,
mi cabeza encanecida
se dobla sobre mi pecho
y de mis ojos se escapan
raudales de llanto acerbo.
Y recorro mi pasado,
y enloquece mi cerebro
al ver rápidas pasando
como evocados espectros
por ante la mente mia,
las sombras de los que fueron.
Y escucho el chocar de vasos,
y oigo estallidos de besos,
y el bramido de las olas,
y el cantar del marinero,
y el rumor acompasado
de los cortadores remos,
y de un alma enamorada

lánguidos suspiros tiernos....
Y miro noches oscuras
en que tenebroso el cielo
del relámpago á la lumbre
se ilumina por intervalos,
de populosas ciudades
los suntuosos monumentos,
lejanos montes azules,
y de luna los reflejos
en la blanquísima espuma
que se estiende hasta lo lejos,
al romper cortante quilla
las aguas de un mar sereno...

Y en esta azarosa vida,
¿qué he recogido por premio
de mis ambiciones locas
y de mi afanar eterno?
Desventuras infinitas
que me han robado el sosiego,
convirtiendo el alma en tumba
y el corazon en infierno!

Más yo no sé que delicia,
que bálsamo de consuelo,
vierten en mí los rumores
que rasgan este silencio;
percíbelos el oído
y acógelos placentero
fingiéndose son los mismos
que en otro tiempo le hirieron...

y yo ansioso me traslado
en álas de mi deseo
hasta aquellas dulces horas;
y de tal modo me adhiero
á las memorias queridas
de aquellos dichosos tiempos,
que despiertan en el alma
los dormidos sentimientos
que entónces solo, alentaron
en sus recónditos senos,
el susurro de las hojas,
de algun ave el aleteo,
las esquilas del rebaño,
y hasta el ladrido de un perro...!

.....

Velo de sombras el espacio cubre:
lucen perdidas pálidas estrellas:
vierte la luna resplandores suaves:
la noche reina.

Ya que no hay nadie que con voz amiga.
Responda cariñoso á mis querellas,
Ni hay una boca que á mis yertos lábios
Su ardor les ceda;

Ni cuando ansioso el corazon me late
Hallo tampoco quien su afan comprenda,
Pues solo lanza destemplados sonos,
Rotas sus cuerdas.

Noche tranquila! viento vagaroso
Que en suave soplo mis mejillas besas!
Luna que doras del oscuro estanque
Las aguas muertas!

Testigos mudos de mi alegre infancia!
Recuerdos dulces de la edad primera...!
Templad vosotros mis acerbos males,
Calmad mis penas!

Marzo de 1864.

EL ESTADO DE GUERRA

19

EL CANTO DE UN JILGUERO.

—

CAPRICHÓ.

Trinaba en los pinos
jilguero pintado,
diciendo en sus trinos:
«¡Cuán triste he quedado!
»¡ay, lo que ha pasado!

»La niña cruzaba
»la verde campiña,
»y el aire llevaba
»la voz de la niña,
»que alegre cantaba;

»Y en selva sombría
»gentil caballero
»de Dios maldecía,
»buscando el sendero
»que al campo salía.

»Al fin encamina
»su paso violento
»do suena el acento
»de voz arjentina
»que le lleva el viento;

»Y al cabo divisa
»la linda doncella,
»y sigue tras ella
»que en flores desliza
»su rápida huella;

»Más él se apresura.....
»y al ver de hermosa
»tan rico tesoro,
»con voz insegura
»la dice:—Te adoro.»

En esto el malvado
traidor jilguerillo
voló á un emparrado
dejando cortado
su cuento sencillo;

Pero yo ligero
le alcancé, y decia:
«...y al morir el dia,
»cuando el caballero
»su ruta seguia,

»La niña cruzaba
»la verde campiña,
»y á los aires daba
»Lamentos la niña
»que triste lloraba.»

New-York, Agosto de 1864.

A ISABEL.

BELLEZAS.

Muy bello es el río,
y el bosque sombrío
que embebe el rocío
que blando cayó;
y el verde follaje,
y el blanco celaje
de diáfano encaje
que el cielo cruzó.

Es bella la aurora
que aljófares llora
en tanto colora
de rosa la mar;
y un niño en la cuna,
y tersa laguna
que pálida luna
comienza á platear.

Es bello el jilguero
que cruza ligero
por valle y otero
trinando de amor,

y bello es el nido
que busca afligido
sintiéndose herido
por cruel cazador.

Son bellas las flores
de suaves olores
y vivos colores
que ostenta el vergel,
y es bella y lozana
cual rosa temprana
la niña galana,
la linda Isabel.

LOS LETREROS.

CAPRICHOS.

—Ya parto; en llanto deshecho
te miro también llorar.

—Yo no puedo respirar...!

Aire le falta á mi pecho!

Ah! no entregues al olvido
con tu amor tu juramento!

—Cada suspiro del viento
lo repetirá en tu oído.

«Eterno amor» nos juramos;
esas palabras grabemos
donde siempre las hallemos.
si por siempre nos amamos.

—De tan precioso letrado
llenaré mi valle todo

—He de escribirlo de modo
que yo he de morir primero.

Él gimiendo se embarcó;
ella se quedó llorando;

la nave se fué alejando
y en la bruma se perdió....

Algunos años pasaron
y él volvió creyendo en ella....
Ingrata fué la doncella!
Él constante, y le olvidaron!
Pero la vió placentera
llena de santo cariño
el pecho dándole á un niño
cuando llegó á la ribera;
y la dijo con afan
el infeliz sin aliento:
—Dónde está tu juramento?
tus palabras ¿dónde están?
—Mis palabras! se han borrado;
pero culpable no fuí
que ansiosa las escribí
sobre la tierra del prado;
mas la lluvia que cayó
la tierra toda empapando
fué mi letrero borrando
y en barro le convirtió.
Luego á la playa bajé
y allí le volví á grabar;
mas ay! que creció la mar
y al reflujo no le hallé.
Y pasé una noche entera
con él un tronco horadando,
mas la corteza, engrosando,

varió su forma primera.
Y las flores deshojaba,
y con hojas lo escribia;
mas tambien desaparecia
cuando el céfiro soplabá....
—No digas más en tu abono
porque culpable no has sido.
Es que nunca me has querido;
lo comprendo, y te perdono;
pues si hubiera sido amor
tu capricho pasajero,
aquel encargo postrero
interpretaras mejor.
Así, mientras el sagrado
consolador juramento
de amor, que es hoy un tormento
pues mi pecho ha desgarrado,
á lo que, hasta el aire trunca,
tu candidez lo fiaba...
¡yo en el alma lo grababa
donde no se borra nunca!

Noviembre 64.

P. S.

INSOMNIO Y FIEBRE.

UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

INSOMNIO Y FIEBRE.

Que noche tan larga!
Que lento suplicio!
Me abrasa la fiebre
y tiemblo de frio!
El sueño á mis ojos
no acude benigno,
y estrañas ideas
conturban mi espíritu!...
Venid á mi mente
recuerdos queridos
del tiempo pasado
tan dulce y tranquilo;
venid, presentadme
los cuadros sencillos
de infancia inocente;
sus goces cumplidos;
mis verdes praderas,
mis juegos de niño;
la fuente sonora
cercada de pinos

que brota de un suelo
cubierto de lirios;
mis álamos blancos,
mi almendro florido;
la cruz arruinada
de tosco ladrillo
que al paso el viandante
besaba contrito;
de invierno las noches
en que hórridos silvos
de viento impetuoso
tronchando los pinos;
de truenos cercanos
el ronco estallido,
la lluvia azotando
los débiles vidrios,
y el turbio torrente
llevando consigo
ramajes y troncos
del bosque vecino,
mis ojos cerraban
con sueño fatídico;
y entonces miraba
confuso, aturdido
mi lecho cercado
de pálidos cirios,
y un monge severo
con duro cilicio
que lento cruzaba
mirándome altivo;
y luego en el techo

de pronto encendido,
brotaban lucientes
y agudos cuchillos,
monstruosas cabezas
con ojos torcidos,
y allá en la penumbra
pendiendo del friso,
ropones talaes
en sangre teñidos....
Mas luego que Aurora
vertiendo rocío
mostraba halagüeña
su rostro divino,
¡Qué alegre escuchaba
de los pajarillos
las tiernas canciones
y lánguidos trinos!
Recuerdos que adoro
con ciego delirio!
Ay, dulces prestadle
benéfico alivio
á un alma que llora
sus goces marchitos,
su muerta esperanza,
su amor!! oh Dios mio!
Cuán negros pesares
mi pecho han herido!
Hoy débil, cansado
sin fuerza camino,
pues ya no me alientan
ni fé, ni cariño,

ni sueños de gloria,
ni el sordo bramido
del mar que adoraba....
¡Todo lo he perdido!
Rumor misterioso
cercano percibo;
rumor que en las noches
serenas de estío
tambien he escuchado
con suave deliquio;
que es ténue, muy ténue
muy vago y tristísimo;
rumor que oye el alma
mejor que el oido;
que no se comprende,
que muere indeciso....
Murió; ya no escucho
ni el hálito mio
que el aire me falta
y apenas respiro!

.
Ayer ví un cadáver
flotando en el río,
sangrientos los ojos,
el gesto fruncido.
Recuerdo que al verle
bañó sudor frío
mi pálido rostro;
con fuertes latidos
temblara mi pecho
y... ¡extraño delirio!

pensaba yo entonces
que hallábame unido
al yerto cadáver
con lazos muy íntimos;
que efluvios de mi alma
bajaban al río
volando á prestarle
su aliento perdido....
Misterio es el hombre!
Su mente un abismo!

.....
No há mucho, yo hallaba
placeres cumplidos
en grandes ciudades
de inmenso gentío.
Hoy ¡cuánto he cambiado!
Me cansa el bullicio.
Dichosa mi suerte
si hallara un retiro
dó aliento cobrara
mi pecho oprimido;
dó sombra me dieran
laureles y tilos,
y secas sus hojas
un lecho mullido;
dó nunca reinaran
ni cierzos y fríos
ni lluvias y nieves
ni viento y granizo;
dó un aura suave
trajera á mi oído



los tristes cantares
de algun campesino,
y al aura le diera
contierno cariño
sucasto perfume
Silvestre tomillo!

.....
¡Qué noche tan larga!
!Qué lento suplicio!

.....
Mas ah, que ya lucen
de albor matutino
los tibios reflejos,
y el pardo edificio
que al frente se eleva
solemne y altivo
sus altos remates
ostenta teñidos
de rosa y de grana....
Ya empieza el bullicio....
Ya débil mi cuerpo
se postra rendido....
Se cierran mis ojos....
Oh sueño bendito!
Restaura mis fuerzas
y alienta mi espíritu!

Lóndres, Setiembre de 1865,

ÍNDICE.

	Págs.
Breves apuntes biográficos.	5
Prólogo	7
Romance marítimo.	49
Madrigal.	25
A Dolores.	26
A Teresa.	27
En la mar.	31
Un recuerdo á mi querida madre.	37
La noche en el trópico.	43
En el aniversario de Lentini.	48
San Diego del Monte.	51
El canto de un jilguero.	59
A Isabel, bellezas.	63
Los letreros, capricho.	65
Insomnio y fiebre.	71